

Gastón Baquero ENTREVISTO por *Efraín Rodríguez Santana*

La poesía es como un viaje

DESDE HACE YA UN BUEN TIEMPO VENGO COMPARTIENDO con el poeta Gastón Baquero tardes que se han inscrito para mí como inolvidables. Realizo un estudio de su obra poética y ello me ha permitido adentrarme, digamos, en las primeras estancias de sus recintos más confiables. Como es bien conocido, él observa y escucha con finísimo oído los rumores y el estruendo de lo que lo rodea, y la amistad le asiste con frecuencia y admiración desde las partes más inimaginables del planeta tierra.

Su natural capacidad de incisión, su sentido de la equidad, la manía de buscar aquel ángulo inédito de cualquier tema que caiga en sus manos, lo singulariza, lo extraña, lo hace apetecible a la inteligencia y la música de la comunicación.

Es así cómo yo he descubierto a Gastón, en el privilegio de la otra cubanía no contaminada de etiquetas espurias. Y es así, que por razones muy profundas, yo, que provengo de una Cuba presente, he descubierto, gracias a él, otros miradores, otras dimensiones de la insularidad que nos empa y a veces nos enceguece.

Asistir, como buen oyente, a la disección de personajes de inmensa valía, a trozos de nuestra historia que se han desdeñado por desidia, a sarcasmos amorosos, a puntillosas reiteraciones de los hechos que nos fueron vedados, ha constituido el imprescindible reconocimiento de cuánto nos espera por recomponer.

Dentro de ese reconocimiento se yergue la poesía de Gastón Baquero, desafiando la sonoridad universal, buscando el espacio que le pertenece, al lado de José Lezama Lima, Dulce María Loynaz, Eugenio Florit, Eliseo Diego, Cintio Vitier o Fina García Marruz. Allí se encaja para hablar de sus “cien mil fugas mentales” y para esbozarnos otras aristas de la invención.

Efraín Rodríguez Santana

Y es precisamente esta entrevista, un modo de entender la poesía, la propia y aquella que ha sido una forma de revelación en su vida. Con inefable objetividad se conversa de sí mismo y los demás, sin dejar resquicio alguno a la complacencia o a las buenas maneras laudatorias. Es exacto y avizora un mundo mejor preparado para el ejercicio de la creación. Estigmatiza y abre una brecha para la meditación de nuestro tiempo, como si estuviera sintiendo siempre la necesidad de volver a empezar.

Con Gastón Baquero, con su obra, seguiré conversando acuciosamente, como ya lo hacen “los poetas que llegan y seguirán llegando”.

E. R. S.

LA ADANIZACIÓN DE LA PALABRA

Siempre, periódicamente, cada ser humano, generación, raza, pueblo, tiene una manera de acercarse o alejarse de Dios. Siempre se repite eso, porque en el fondo no hay más que un sólo episodio en el mundo, que es el del Paraíso, Caín, Abel, Adán. Volvemos a los orígenes, estamos en el origen, reiterándonos. Exactamente lo veo como un señor que se libera de lo que le rodea: antecedentes, historias y recuerdos, inclusive enseñanzas, para volver por sí mismo a empezar la historia del universo dentro de él. Es bueno reencontrar el mundo, y entonces él vuelve a pensar, digamos, en la primacía del mundo a través de las palabras que va descubriendo. Por ello, el gran ideal de todo poeta, se supone que es llegar a construir su propio lenguaje. Hay poetas que no tienen palabras muy nuevas, sin embargo, poseen una manera. Lo ideal es encontrar el vocablo personal, propio. Los grandes poetas son dueños de un idioma exclusivo, ese es el caso, por ejemplo, de Vallejo. Ya hemos explicado muchas veces cómo Vallejo entra en el lenguaje, no sólo digamos de peruanidad, sino de vallejidad, que es lo que le da singularidad a su poesía. Porque puede pasar que dos o tres poemas sean casi iguales en autores distintos; sí, pero cada uno de ellos ha encontrado palabras y modos de decir, que es lo que lo convierte en personal.

El poeta viene a ser como un Adán ante el universo y va bautizando el mundo con sus signos. Pues, ya tiene usted ahí un productor, un creador, un poeta. Cada hombre supone que puede hacer como un Dios, como un Adán; de ahí esa idea que a mí me gusta mucho de la adanización de la palabra.

PONER EN CLARO

Bien, creo que uno es de todas maneras contemporáneo, no puede evitarlo. En el mundo actual, el que me tocó vivir, cuando yo aparezco, digamos, por la puerta de la poesía, la voz para mí más importante, más reveladora fue la de Eliot, puesto que halló un modo tan distinto de decir las cosas, una manera de hablar del yo, que no es la del romanticismo, del yo enfermizo y personalista, ése que habla de sí mismo permanentemente; no, sino del ser humano, del ser. Eliot es el gran poeta del ser, no diré que enloquecido, pero sí confundido por el universo que lo rodea, rastreando con bastante dificultad sus caminos y sus catarsis. Cuando él abre la boca y empieza a comentar se está liberando de

muchas cosas, al tiempo que explica un mundo muy difícil de entender. Entonces yo creo que sí, que la poesía es una herramienta de trabajo.

En mi situación no es que escriba poemas para explicarme el mundo, sino que con ellos descubro la forma más concreta, más clara de expresar una idea, un entendimiento del mismo, una noción de las cosas. Nunca diría una inspiración, no creo en eso de la inspiración, sino en la búsqueda de la explicación de lo que me rodea, del ser que está ahí, cómo se manifiesta ese ser relacionándose con el mundo y expresándose.

En ese sentido, pienso que mis poemas tienen algo que enunciar, porque son, vamos a decirlo con una frase antigua, “el mensaje de mi verdad personal”, es decir, en cada poema de uno está la persona completa y lo que la persona es, inclusive en el poema que parezca más alejado, más trivial. Todo lo que el hombre hace tiene la huella completa del hombre. Uno no puede nunca separarse de su sombra ni de su ser, y el ser se expresa a plenitud, con totalidad. Cada minuto de nuestra vida, cada segundo, es un sumando y un resultado de toda nuestra existencia. Todo lo que hemos vivido está vivo en cada segundo que vivimos. Aquí entramos en un punto que vale la pena revisar un poco; se trata de lo que hemos llamado biográfico, por una parte, y confesional, por otra; lo que se llama creador. Es decir, todo lo que el hombre hace es biográfico, cada gesto de la mano, cada idea que surge, cada palabra que brota de los labios, pues llena completa la vida de uno, desde que nació y quizá desde antes, hasta que muera. El yo está siempre íntegro en todo eso. Por lo tanto, me parece obvio, y por eso huyo de la poesía del puro yo, de esbozar las cosas personales que están ya contadas, que están implícitas. Buscamos otra cosa, lo que puede añadir la imaginación, es decir, el yo que usted añade al yo de la naturaleza suya; lo que usted añade, busca, crea, lo que usted inventa.

Me gusta pensar en mis poemas sencillamente como un acta notarial de las cosas que he visto y sentido en el mundo, o que veo y siento. La manera que tengo de contarle a los demás y quizás a mí mismo lo que se me ha ocurrido, que me ha ocurrido, porque puede ser que te haya ocurrido a ti o que se te haya ocurrido, las dos cosas. Es lo que puede hacer la poesía: poner en claro esa sensación o esa novedad, ese añadido que tú le pones al mundo tuyo, puesto que se supone que el hombre es el único ser viviente que puede añadir cosas.

PRIMACÍA DE LO BELLO

La poesía es una penetración en la sustancia del universo. Tienes que entrar rectificando mucho lo personal privado. Si esa manera, que es un poema ahora distinto, puede ser bella, mejor. Se supone que en la poesía interviene, aparte del elemento filosófico, ontológico de la averiguación, la búsqueda de la belleza. No sólo basta que sea ontológicamente valiosa, sino que además ha de ser bella. Y ese es el problema de la poesía, uno de los problemas ante los cuales yo me he enfrentado y me sigo enfrentando.

Si no hay ritmo no hay belleza, si no hay armonía no hay nada. No sé si realmente en mi poesía está todo lo bello que yo hubiese querido. En realidad, me molesta mucho mi tendencia a lo bonito. Lo bonito no es lo bello propia-

mente dicho. Tengo una tendencia a veces a lo bonito porque es más cómodo, es más fácil. Uno no se exige nunca bastante y en lugar de buscar lo bello muchas veces se conforma con lo bonito.

Nunca me he enfrentado de veras con una poesía más fuerte, más terrible, es decir, la poesía fea, la poesía capaz de lo feo. Ese es un tema que está por desarrollar todavía. Ha habido en ciertos poetas norteamericanos de estos últimos tiempos, una búsqueda de soltar los ropajes de lo que llamamos hermoso lírico, para hallar el poema desnudo, puro en sus huesos, los huesos siempre son bastantes feos. A mí esa idea me seduce mucho. Reconozco que por debilidad de mis fuerzas para trabajar, para producir algo, no soy capaz de enfrentarme con lo feo, No, no me gusta. Tendría que haber aprendido desde hace mucho rato, lo bello que puede ser una cosa fea y lo feo que puede ser lo bello, y sin embargo, ya no tengo tiempo de hacerlo.

No es que me sienta frustrado en el sentido de decir yo he fracasado en la vida, no, no, eso es una tontería; he hecho lo que he podido, pero que no es lo que hubiera querido, ni lo que soñaba, ni lo que pienso que es la gran poesía. La gran poesía tiene que ser una creación muy fuerte y libre, sin temor a ninguna frontera, ni de ética, ni de estética. Me he sentido prisionero de mi manera, mi vocación, mis costumbres. Como decía Ortega, “vivir es caer preso en un contorno inexorable”, y yo he vivido como todo el mundo en un contorno inexorable que no me ha gustado nada. Tenía que haber sido un poquito más libre y romper. Espíritu de ruptura es lo que me ha faltado y me sigue faltando. A mí me da mucha pena no haber hecho la poesía que yo realmente apreciaría más: de ruptura, el gran himno, el gran grito, la poesía en grande, en una palabra, sin prejuicios, sin trabas, sin lastre.

OBSERVAR DESDE LA MÚSICA

Lezama, que tenía esa manera de ser bastante exigente, me dijo una vez: “Lo malo de usted es que escribe con el oído. Yo escribo con el ojo, porque el verso ha de caer del ojo como una gota de resina”. A mí esa definición me parece maravillosa. Creo que sí, que el verdadero gran verso debe ser como un diamante que cae hecho ya sobre la tierra. Pero no es mi caso, nunca le he dado tiempo a mis versos para ser gotas de resina, la sonoridad me ha arrastrado y tengo muchos poemas que son puramente musicales. Yo he escrito con el oído. No es que sea un defecto, porque cada uno tiene su manera de expresarse. Él era más bien un ojo en el universo y yo soy un poco un oído. Sí, tengo cierto sentido de la música y casi todo lo observo desde la música. Cuando yo no cierro un poema con cierta forma precisa, que termine con una coda elegante, el poema sencillamente no lo siento hecho. No trabajo el poema desde el punto de vista gramatical, ni silábico, sino auditivo. Tengo, inclusive, muchos poemas que son puramente música, que luego resultan muy creativos, y se aducen criterios diversos, sin embargo, lo son en razón de su música. En realidad, a mí me hubiera gustado escribir himnos, grandes himnos como los griegos, Novalis, Hölderlin.

Existe un problema muy importante en la poesía, digamos antillana, del Caribe, la mía. El verbo tiende a desatarse, es como una especie de furia y en no-

sotros se produce un exceso de verbalidad. Es que tenemos una tendencia al discurso. Me gustaría escribir himnos, todo lo hecho, transformarlo en grandes cantos. Por ejemplo, hay ahí un poema que algunas veces he comenzado y he vuelto a dejar, se llama “Himno a la soledad de Haydn”, pero no acabo de soltarme, de soltarle el pelo, para alzar la voz en grito hacia afuera, porque el himno es muy arduo, sobre todo si uno quiere que al mismo tiempo se contenga dentro de los límites de la belleza, es decir, de una música bella.

MI TEMA ES LA DESTRUCCIÓN DE LO BELLO

Mi esperanza es que la muerte sea otra estancia, otra manera de ser. Pero mi experiencia, digamos vital, mi conciencia vital, es que es una destrucción. Y entonces entre esas dos cosas, entre la esperanza de que sea una nueva forma de vida y la sospecha, digamos, empírica, de que sea una destrucción, se bambolea el espíritu, porque la muerte me atrae a veces como una gran promesa de otro mundo, y a veces me aterrera la aniquilación del mundo. Eso en la poesía se da mucho. Realmente yo tengo, como todo el mundo, una vieja lucha con la muerte, sobre todo se tiene más lucha con la muerte en la adolescencia que en la madurez. Yo ahora lo pienso mucho menos que cuando era muy joven, paradójicamente, porque cuando somos muy jóvenes vemos la muerte casi como una cosa lejana pero que podemos casi dominar, y cuando ya nos vamos acercando a ella de verdad o ella se acerca a nosotros, pues se van borrando los límites, y no la vemos con tanta nitidez como en la juventud. En la juventud es cuando se ve clara la muerte porque es mayor la destrucción que va a producir.

En realidad, nunca he considerado que la muerte sea uno de mis temas. Lo que muere o lo que desaparece. Mi tema verdadero es, según creo, la desaparición de las cosas, la destrucción de lo bello, sobre todo. Ese poema mío que se llama “Manos”, lo cito porque me parece atrapa mucho de eso. Son unas manos tan bellas, que uno desea que sean eternas, y se llega al extremo de que para evitar la destrucción, preferiría comérselas asadas, con “un fino polvo de azafrán / Unas cucharaditas de aceites de la Arabia perfumante”. Esa es la idea, lo imperecedero de la belleza. Lo que en el fondo, pues, es pura retórica, porque, por supuesto que la belleza es imperecedera, pero es que nos olvidamos de que todo es imperecedero, y también la fealdad.

CENIZAS DE UN GRAN INCENDIO

Valéry decía que en realidad lo que entregamos como poema, son como las cenizas de un gran incendio. Y yo insisto en que mi poesía, sí, es aplaudida y tal, pero se aplaude porque tenemos una idea muy pobre, muy pequeña de la poesía. El hombre ha achicado tanto las cosas del mundo, que también ha achicado la noción de la poesía y no le exige todo lo posible. La poesía es efectivamente una creación, una recreación del mundo, una adanización como hemos dicho al principio. Es decir, tenemos que darnos cuenta de que Adán era un gigante fabuloso, tremendo, posiblemente tenía una estatura de veinte o de treinta metros de alto, y unos músculos terribles, y caminaba casi

entre las estrellas, y nada tenía que ver con estos hombrecitos que somos nosotros ahora, que estamos muy empequeñecidos.

El poeta lleva mucho tiempo hablando en voz baja, y creo que es muy poco lo que hemos conseguido y, por tanto, hemos deteriorado demasiado y depreciado el concepto de la poesía. Llamamos poesía a demasiadas cosas que no lo son: sencillamente buenos sentimientos, buenas ideas. No creo que pueda llegar a nada de eso porque con esa cosa se nace o no se nace.

Tampoco es que me quite mérito, o que diga, soy una hormiguita que no ha hecho nada, no, no. Yo tengo orgullo y mucha frescura para situarme entre los poetas, no es eso. Es que creo que todavía no estamos maduros para una poesía. Por eso, es que concedo tantísimo valor a toda la poesía de Lezama, porque Lezama fue más allá de todos nosotros, aunque supongo que no es el poeta definitivo del mundo americano.

Sobre todo pienso que eso es un problema general de la cultura, existe una gran crisis de la sensibilidad que incluye, por supuesto, todas las demás crisis. Hay una gran decadencia del idioma español, aunque cuantitativamente está más rico que nunca porque lo habla más gente. Sin embargo, esto no es culpa de España ni de Hispanoamérica, sino de que el mundo está viviendo un momento donde la cultura no es acento primordial. Será porque la técnica lo domina todo, será porque se esperan una nuevas maneras de pensar y de expresarnos; lo cierto es que hay una gran miseria estética actualmente en todo el mundo, y por supuesto, existe en la lengua española y en poetas de la lengua: en América y en España. No creo que sea una decadencia llamada local, sino que el poema es parte de una caída de la cultura en el alma del hombre. La cultura está siendo subestimada o mandada hacia abajo por las nuevas maneras de ver el mundo.

Vendrán nuevos lenguajes, nuevas maneras de pensarse, viene una nueva poesía, una nueva música, una nueva pintura, que ya, lamentablemente, yo no las veré, ni podré participar en ellas. Sin embargo, asistimos ahora a los últimos fuegos de una decadencia, bastante triste, a veces, y la poesía es símbolo de todas esas cosas, y ahora lo que está anunciado es casi una muerte, una retirada. Sí, yo soy muy pesimista a nivel mundial, no sólo a nivel hispanoamericano o español. Es bastante pobre lo que estamos haciendo. En un mundo de tenores, cuando no suena la voz del tenor es que la cosa anda mal.

LA LIBRETA DE POESÍA DE MI TÍA MINA

Mi infancia transcurrió en una típica casa cubana, donde la gente, aunque su situación económica no era muy buena, era de mucha lectura. Era una casa donde se leía mucho, se trabajaba y se leía mucho. Mi madre era una lectora tremenda, creo que leyó los peores libros del mundo, aunque leyó más que nadie. Yo le llamaba el prontuario de los libros malos. Aparte de que trabajó toda su vida mucho. Siempre estuve en un ambiente de libros, eso es lo que te puede interesar para el aspecto de la literatura luego. Pues bien, inclusive, en aquella casa estaba esa tía mía, que era como las típicas muchachas de aquella época, todas tenían una libreta de poesía, les gustaba recitar, gran ambiente

aquel; creo que en casi toda Cuba pasaba eso, en Banes era muy general. Y esa fuente te acerca al mismo libro. Y yo busqué fundamentalmente la poesía porque esa tía mía, Mina, pues tenía esa locura y siempre estaba con sus libretas. Era costumbre que los muchachos se pasaran libretas unos a otros, había hasta una rivalidad en eso de los poemas. Cuando yo empecé a leer con cierta fluidez, yo le leía poemas y ella los iba copiando. Poesía de aquella época: Amado Nervo, Darío, y los poemas, por supuesto, de Juan de Dios Pesa, una de las peores poesías de América. Imagino que eso me dio también cierto sentido del ritmo. Siempre tuve esa inclinación, y de pronto escribí, sin saber cómo; hice unos versitos y se los mostré a Mina. Ella dijo, ah qué bonito, vamos a ponerlo en la libreta. Fue mi primera, digamos, entrada en la literatura escrita, porque ella los puso en su libreta.

LA VIDA SOLA SE HACE UN PROYECTO

La verdad es que no sé, porque las cosas van apareciendo naturalmente, por sí mismas, inesperadas. Es decir, yo nunca he hecho un proyecto de literatura ni de nada, la vida sola se hace un proyecto. Veo personas que tienen unos objetivos fijos, yo apuesto a lo que sale, eso tiene el peligro de la improvisación, pero tiene la maravilla de la espontaneidad, he hecho lo que se me ha ocurrido. Yo nunca me he proyectado ni me he programado para escribir, no, no, yo escribo. Las cosas van surgiendo de una manera muy espontánea. Yo siempre he hecho lo que yo he querido, lo que he deseado hacer.

Lo que puede tener algún interés es la intercomunicación, la relación que uno establece espontáneamente entre todas las cosas por opuestas que parezcan, es decir, que de una cosa que la gente llama no poética puede salir un acto poético y a la inversa, de un acto supuestamente poético no sale nada luego. Y ahí está lo maravilloso del intento de creación que uno hace, porque transformas las cosas. La poesía es lo que no está, uno intenta poner en un lugar algo que uno cree que falta, o que no está bien como está. En definitiva, puede decirse que todo señor, cuando escribe poesía, lo que hace es reescribir la vida que él quiso vivir. Yo pongo siempre de ejemplo las Coplas de Manrique, sabemos que el padre de Manrique era un verdadero horror, era una desgracia aquel hombre, entonces cuando el padre muere, él crea el padre que quiso tener. Las Coplas son tan maravillosas, precisamente, porque son falsas. Siempre queremos crear lo que idealmente deseamos y yo comprendo que toda mi poesía sea eso. En el fondo, uno casi siempre escribe el mismo poema, con distintas variantes, máscaras y puertas, matices. El hombre no puede saltar fuera de su sombra y siempre escribe su propia biografía. En el fondo uno tiene dos o tres temas. El asunto de mi poesía es el viaje. Por ejemplo, en ese poema donde yo hablo del pobre señor gordo y herido, y digo: “cenizas esparcidas en la luna, quiere que sean las tuyas cuando eleve su máscara de hoy”. Esa idea, de las cenizas en la luna, eso es constante en mí, la idea de estar en otro sitio, de viajar a otro mundo, de ir a otro planeta, eso lo hago constantemente. La poesía es siempre lo lejano, es decir, uno pone lo que no está, por eso me molesta mucho la poesía que sea textualmente des-

criptiva, me parece que es muy pobre. A mí el descripcionismo no me gusta nada. Yo escribo lo que invento, por eso le llamo *Magias e Invenciones*. Lo que me pasa a mí no es que le tenga miedo a la realidad, es que la realidad resulta inefable, imposible de poner en habla, transformar en palabras un pedazo de pan es casi imposible. Entonces es eso, la búsqueda por otro camino de ese pan dentro de mí, no describir el pan, porque es muy difícil, no hay nada más difícil que describir una cosa concreta: un pedazo de pan, una hormiga, un martillo. Sin embargo, es relativamente fácil evocar o inventarlo, vivir a través de una imagen, de un giro poético.

PALABRA A LOS COLEGAS CUBANOS

Si alguien me preguntara cuál es mi palabra, no quiero decir mensaje, porque es muy solemne, mi comunicación con colegas, hermanos de Cuba, poetas cubanos donde quiera que se encuentren, aquí no hay más que unos poetas cubanos en todas partes, pues sería decirles que recordemos siempre que pertenecemos a una colectividad muy valiosa y muy importante. Yo creo que realmente es un honor, dentro de los méritos que cada uno pueda aportar, de lo que signifique cada persona, es un honor participar en una manifestación como ésta de la poesía en Cuba.

Es evidente que en nuestro país, como ocurre en Colombia también, la fuerza de la poesía ha sido siempre muy determinante, y que vamos a decirlo de una manera un poco solemne, ser poeta cubano implica un compromiso con la poesía. Lo que yo tengo que decirles a los nuevos, a los que vienen detrás, es que están demostrando que tienen el ímpetu, tienen el instinto muy bien logrado. He sentido esa necesidad de participar, de pertenecer de veras, con los hechos, con lo que uno pueda aportar, a ese gran movimiento. Porque efectivamente la historia de la poesía cubana me parece de una importancia enorme. Se podría señalar los momentos que parecen más oscuros de la historia nuestra, y sin embargo, siempre la poesía está allí presente. Los acontecimientos cubanos, más grandes o más pequeños, han tenido detrás un poeta, como mínimo.

Eso ha pasado siempre en Cuba, por ejemplo, hay toda una poesía que yo llamaría del 20 de Mayo, la poesía de la Independencia. Es como si se rompiera una mazorca de maíz, que salen los granos saltando por todas partes. ¡Cuántos poetas salieron enseguida a cantar la gloria de la independencia, de la nueva república! Y en todos los momentos, así pasó en el 68, en el 95 y sigue pasando. Ahora mismo, me parece a mí que estas circunstancias especiales por las que está atravesando Cuba, que no es más que un episodio de su historia, que una evolución propia que el destino le tiene asignada a esa historia; pues, ahí la presencia de los poetas es determinante.

Lo que quiero decir, es que me satisface pertenecer a una colectividad que tiene un significado, que tiene un sentido, que está cumpliendo una misión, la misión de mantener la presencia de la poesía en Cuba en el alto nivel que siempre tuvo.